

Henry Lepidus y la Escuela de Verano: “The History of Mexican Journalism”

Íñigo Fernández Fernández
Universidad Panamericana, México
infernan@up.edu.mx

Resumen

Con su “The History of Mexican journalism”, Henry Lepidus abrió una brecha para que otros investigadores se adentraran en el análisis del pasado de la prensa mexicana. La obra se hallaba enmarcada en un contexto en el que Estados Unidos se encontraba cada vez más interesado por México. Por ello, este Artículo de investigación pretende contextualizar esta obra, y responder a la pregunta: ¿qué factores favorecieron dicho interés en las primeras décadas del siglo pasado? Para lograrlo, analizaremos el intercambio académico y estudiantil que sostuvieron México y Estados Unidos en los años veinte, en general, y estudiaremos el caso de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México, en particular.

Palabras clave: Henry Lepidus, Historia del periodismo en México, intercambio académico, Escuela de Verano, Universidad Nacional de México, Estados Unidos.

Henry Lepidus and the Summer School: “The History of Mexican Journalism”

Abstract

With “The History of Mexican Journalism”, Henry Lepidus opened a gap, for other researchers to enter into the study of the past of the Mexican press. The work was framed in a context in which the United States was increasingly interested in Mexico. The purpose of this Research Article is to contextualize this work and answer the question: which factors favored this interest in the first decades of the last century? For this, in general we analyze the academic and student exchange that Mexico and the United States held in the twenties; and in the particular, we will study the case of the Summer School of the National University of Mexico.

Keywords: Henry Lepidus, The History of Mexican Journalism, Academic exchange, Summer School, National University of Mexico, United States.

A manera de introducción

En enero de 1928 la Universidad de Missouri editó “The History of Mexican Journalism”, texto de Henry Lepidus (Council Bluffs, Iowa, 1907-Bethesda, Maryland, 1983), que vio la luz ese mismo año en México como parte del volumen 2 de los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, bajo el título de “Historia del periodismo mexicano” (1928). Al escribirla, Lepidus no sólo dio un paso más para concluir sus estudios de licenciatura, sino que también escribió, probablemente sin que fuera consciente de ello, una obra que sería fundamental para el estudio del pasado de la prensa en México.

No resulta exagerado utilizar aquí el término *fundamental* tratándose de un escrito que destaca no sólo por ser la primera historia general del periodismo en México, sino también por abrir una nueva brecha que, a su vez, inspiró a otros autores a realizar investigaciones similares a lo largo del siglo xx¹.

Sobre la obra podemos decir que aunque su estructura es cronológica, en ocasiones el capitulado responde a criterios diferentes a los tradicionales, como el de las innovaciones técnicas, lo que representa aún en nuestros tiempos una perspectiva innovadora. Inicia con un apartado de antecedentes que comprende la llegada de la imprenta a Nueva España y el desarrollo de las hojas volantes; el segundo apartado se centra en el siglo XVIII con el surgimiento de las publicaciones periódicas novohispanas; el tercero versa sobre los periódicos en la guerra de independencia, época en la que sitúa el surgimiento del periodismo polémico; el cuarto inicia con el Primer Imperio y concluye con el gobierno de Maximiliano de Habsburgo, tiempo en el que vieron la luz tanto publicaciones periódicas escritas en francés como otras de gran importancia política. El quinto inicia con el Segundo Imperio y concluye con el surgimiento de *El Imparcial*, periódico donde surgieron las prácticas periodísticas modernas en México. La última sección, consagrada al periodo moderno, principia en 1896 y finaliza en 1927.

En síntesis, el texto de Lepidus destaca por estar bien escrito y estructurado; por tener como hilo conductor un tema tan importante como lo es el ejercicio de la libertad de expresión en México; por hacer énfasis en los vínculos entre las publicaciones periódicas y la literatura decimonónica; por tener rigor metodológico –que queda reflejado en el

¹ En especial nos referimos a *Historia del periodismo mexicano: apuntes* (1955), de Miguel Velasco Valdés, y *El periodismo en México: 500 años de historia* (1955), de María del Carmen Ruiz Castañeda y Luis Reed Torres.

uso apropiado y correcto del aparato crítico—, y por estudiar un nutrirse de un número considerable de periódicos decimonónicos.

A reserva de lo anterior, la labor de Lepidus corresponde más al esfuerzo de un joven norteamericano que sentía interés por Latinoamérica, que al de un alumno que aspiraba a desarrollar una carrera académica abundante en obras y reconocimientos. Basta llevar a cabo una revisión somera de algunos episodios de su vida, ante la falta de una biografía, para darse cuenta de ello.

En 1930, viajó a Nicaragua en calidad de reportero del *Saint Louis Post* y corresponsal de *Associated Press* y *United Press International*, donde estuvo secuestrado tres semanas por la guerrilla de Sandino² (Cruse, 1930; Mazzacurati, [s/a]). Tres años más tarde, recorrió la región hondureña de Juticapla (Brainard, 1933: 10), y en 1943 se unió al equipo de redacción de noticias de onda corta de la CBS ("Haas named a shortwave editor in CBS Shuffle", 1943: 51). La última referencia que encontramos data de la década de los sesenta, cuando trabajó como corresponsal de *United Press International* en El Salvador (Lepidus, 1961: 3; McCarthy, 1967: 7).

Como estudiante, Lepidus dejó testimonio de los motivos que le llevaron a escribir "The History of Mexican Journalism":

Es poco lo que se ha escrito en Estados Unidos sobre el tema del periodismo mexicano [...]. Recientemente, sin embargo, se reconoce cada vez más la importancia que tienen para nosotros las repúblicas latinoamericanas, México en particular, y la necesidad de conocer con claridad a nuestro vecino del sur ha llegado a ser más ampliamente apreciada en Estados Unidos de lo que era anteriormente. Bajo el principio de que la historia del periodismo de una nación es, en cierto sentido, el reflejo de su vida contemporánea y de su desarrollo a lo largo de diversas épocas, este autor espera que su estudio permita a los lectores estadounidenses hacerse una mejor idea de los logros obtenidos por México en el pasado y de las condiciones bajo las cuales está luchando en el presente (1928:3)³.

² Augusto Sandino (1895-1934), fue un líder militar nicaragüense que se opuso a la ocupación norteamericana en Nicaragua entre 1925 y 1933. Fue traicionado y asesinado un año más tarde por Anastasio Somoza, futuro presidente del país. Su ejemplo sirvió para que Carlos Fonseca y Santos López fundaran el Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1961.

³ Las traducciones de las citas extraídas del libro de Lepidus, así como del resto de las obras escritas originalmente en inglés, son de nuestra autoría.

Pese a que en los párrafos citados compartió con los lectores la importancia que su obra poseía, así como los objetivos que deseaba alcanzar con ella, su lectura a partir de otro espacio y tiempo, como lo es México, 75 años después de su publicación, nos lleva a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué factores propiciaron ese aumento del interés norteamericano hacia México en las primeras décadas del siglo pasado?

La búsqueda de una respuesta a esta interrogante nos permitirá contextualizar el trabajo de Lepidus, y así comprenderlo de mejor manera. Si tomamos como punto de partida el caso de un estudiante norteamericano que viajó a México para escribir la historia del periodismo de este país⁴, entonces el análisis desde la óptica norteamericana del intercambio académico y estudiantil que sostuvieron México y Estados Unidos en los años veinte, en general, así como el estudio del caso de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México, en particular, nos permitirán alcanzar parcialmente nuestra meta.

Desde la perspectiva anterior, y a manera de hipótesis, sostenemos que a finales de los años diez e inicios de los años veinte, del siglo pasado, en Estados Unidos se despertó un interés académico y docente por *lo mexicano*, que trascendió el ámbito meramente arqueológico y se centró en otras manifestaciones culturales; particularmente el idioma y la historia. Quienes participaron en ese movimiento, aspiraban a estrechar los vínculos entre México y Estados Unidos, para así tener un conocimiento más certero sobre el primero.

Por último, decidimos que era pertinente centrar nuestra investigación en seis revistas norteamericanas de la época, en virtud del especial interés que sus editores mostraron por los intercambios académicos con México. Las publicaciones en cuestión son: *Bulletin of the American Association of University Professors*, *Hispania*, *The Hispanic American Historical Review*, *The Journal of International Relations*, *The Modern Language Journal*, y *The School Review*.

Los vínculos académicos y educativos entre México y Estados Unidos

Para comprender la visión norteamericana sobre los vínculos académicos, así como las maneras bajo las cuales se dieron, es necesario conocer las transformaciones por las que atravesó la universidad en Estados Unidos a lo largo de los primeros treinta años del siglo xx.

Para Purcell (1973), el inicio del siglo xx marcó un cambio en las universidades norteamericanas, en la medida en que fueron dejando poco a poco el moralismo que les había caracterizado durante la centuria anterior, para darle un mayor peso a la metodología.

Así, poco a poco dejaron de ser vistas como los lugares donde se gestaba la reforma social, para transformarse en centros consagrados a la investigación científica.

Talcott afirma que también se erigieron en "nuevos espacios institucionales de la práctica pública para dar forma a nuevas clases de ciudadanos. Desde esta perspectiva, las universidades y la ciudadanía moderna se entrelazan de una manera más compleja y poco clara" (2005: 2).

La Primera Guerra Mundial y los problemas que generó entre 1914 y 1918, provocaron un descenso en el número de inscripciones en los colegios y las universidades, fenómeno que redundó en el cierre de algunos de estos centros. Por contradictorio que pudiera parecer, este también fue el tiempo en el que la investigación moderna tomó forma gracias a hombres de la talla de Ralph Waldo Emerson y Charles W. Elliot ("History of the American Higher Education", 2008).

En la década de los años veinte se combinaron dos factores que propiciaron la cuasi duplicación de la matrícula en las universidades (Archibadl, 2002: 85). Por un lado, en la Universidad de Harvard, Elliot creó áreas exclusivamente dedicadas a la investigación (un ejemplo que pronto sería replicado en otras instituciones), al tiempo que promovió el establecimiento de un modelo educativo basado en los exámenes de admisión, lo que implicó la democratización de la educación superior y el fomento de un sistema meritocrático basado en la excelencia competitiva.

Por su parte, Lazerson (1998: 66) señala que el otro elemento determinante en este proceso, fue el de los empleadores y el interés que paulatinamente mostraron por contratar a quienes contaran con títulos universitarios.

Gutmman subraya que lo anterior incidió en la gestación de un movimiento que, a partir de mediados de los años veinte, fomentó el aprendizaje democrático en Estados Unidos, y ayudó al establecimiento de una comunidad en la que "los miembros se dedicaban a la investigación científica libre y que compartían la autoridad en un patrón complejo que se basaba en los intereses particulares de los decanos, profesores, estudiantes y administradores" (1987: 193). De este modo, la inclusión de los trabajos de investigación como un requisito más

para concluir su licenciatura fue una práctica cada vez más extendida en las universidades estadounidenses.

Dentro de los cambios que tuvieron lugar en los centros de educación media y superior, encontramos un interés progresivo por ampliar los vínculos académicos y educativos con América Latina. Es necesario recordar que aunque la existencia de éstos se remontaba al siglo XIX, generalmente se habían centrado en cuestiones arqueológicas; lo que ahora se proponía era favorecer el intercambio de alumnos y de profesores, así como fomentar las estancias sabáticas de los segundos para que sus investigaciones se desarrollaran *in situ*.

Encontramos un ejemplo de este espíritu en 1915, cuando las universidades de Columbia, Chicago, Johns Hopkins, Pennsylvania, Princeton, Harvard, Illinois, Yale, Brown, Washington, Cincinnati, Stanford, California, Texas, Michigan, Wisconsin, Virginia, Nebraska, Ohio State, Missouri (donde estudió Henry Lepidus), MIT, Clark, Northwestern y Cornell, fundaron *The American Association of University Professors* (AAUP) ("Officers of the Association", 1915: 1).

La AAUP fue creada, entre otros motivos, para mejorar la calidad de la educación superior norteamericana y, en ese sentido, sus fundadores entendieron que una de las maneras para lograrlo era estrechando los vínculos de sus instituciones con América Latina. Era evidente que habían descubierto en esa parte del continente una serie de atractivos académicos y culturales, además de los arqueológicos, cuya valía empezaban a reconocer a tal grado que decidieron crear el *Comité L*, para que se discutieran en su seno todos los asuntos concernientes a la región.

El inicio del proyecto fue lento, pues según el artículo "Committees of the Association" (1916) mientras que algunas universidades habían promovido el "sano movimiento" de confraternidad con América Latina, la mayoría aún no hacía su parte. Para revertir esta tendencia, se sugería difundir en las universidades rezagadas los logros obtenidos, recordar a sus encargados que había un buen espacio para favorecer el intercambio, y estudiar las necesidades de los alumnos latinoamericanos en Estados Unidos, y de los norteamericanos en las universidades latinoamericanas.

Otro problema ponderado fue el de las becas. Mientras que Estados Unidos ofrecía un número considerable de éstas a los alumnos foráneos, los países al sur del río Bravo tenían muy pocas, o ninguna, que ofrecer a los estudiantes estadounidenses ("General announcements", 1920). El único camino a seguir para dar solución a este inconveniente era

que tanto las universidades agrupadas en la AAUP, como cualquier otra que estuviera interesada en el proyecto, cubriera la mayor parte de los gastos.

En el caso de México, debemos apuntar que el intercambio académico y escolar fue una experiencia gratificante en la que la proximidad geográfica, las buenas intenciones y, hay que decirlo, ocasionalmente los intereses económicos de los norteamericanos, fueron factores determinantes. Al respecto, Sargent nos comparte uno de los primeros testimonios:

En el Congreso de Comercio convocado por la Cámara Americana de Comercio de la Ciudad de México el 19 de febrero de 1919, el Sr. Will Peairs A., de Des Moines, Iowa, ofreció una resolución en la que pedía el nombramiento de un comité para investigar la viabilidad del intercambio de estudiantes entre Estados Unidos y México. La propuesta responde a cuatro distintas razones. Primero, los resultados muy satisfactorios alcanzados por este tipo de intercambios con España, Venezuela, Cuba y otros países de América, segundo, la necesidad de tener un mejor entendimiento entre Estados Unidos y México; [sic] tercero, el aumento del interés por lo hispano, y cuarto, el desarrollo de la política exterior comercial. El último fue, tal vez, para la Cámara de Comercio, la razón más poderosa, porque es bien sabido que un comercio exterior sólo puede desarrollarse sobre la base de un entendimiento social y político (1921: 119-120).

En realidad este caso fue la excepción, pues la mayor parte de los testimonios no mencionan el tema de los beneficios económicos como uno de los frutos deseados del proyecto. Para Sargent, como para otros colegas suyos, un aspecto positivo de la experiencia era establecer cimientos sólidos y perdurables sobre los cuales ambas naciones se relacionaran de una manera diferente a la tradicional.

El papel de la Escuela de Verano

Los años veinte fueron una época exitosa para este esfuerzo de confraternidad académica entre Estados Unidos y México. Desde 1921, varios colegios y universidades estadounidenses abrieron sus puertas a los estudiantes mexicanos (Sargent: 120), en tanto que un grupo de estadounidenses afincados en México hizo las gestiones para que las Universidades de Stanford y Nacional de México, organizaran

un debate anual en el que podían participar todos los estudiantes de derecho en México. Pese a que el tema sería diferente en cada edición, se estableció que siempre debería estar relacionado con los vínculos entre Latinoamérica y Estados Unidos, en virtud de que el objetivo de este ejercicio, según lo informa Martin, era “fomentar el estudio de los problemas de los países hispanoamericanos y de la relación de estos países entre sí y con los Estados Unidos para lograr un mejor entendimiento entre ellos” (1921: 19). Donde mejor cristalizó el interés de México por favorecer el intercambio intelectual con Estados Unidos fue, sin lugar dudas, la Escuela de Verano.

Según Sargent (1921), después de hacer un viaje por Estados Unidos, Gumaro Villalobos, miembro del Congreso de Jalisco, tuvo la idea de crear la Escuela de Verano, entendida como un servicio que la Universidad Nacional de México ofreciera a estudiantes y profesores norteamericanos. No conforme con lo anterior, presentó la propuesta a Álvaro Obregón quien dio instrucciones a José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad, para que trabajara en la realización del proyecto.

La idea de Villalobos tal vez agradó a Obregón más por cuestiones políticas que por las culturales y educativas. Podemos suponer que los cursos de verano representaban para él una vía diferente a la diplomática para alcanzar el reconocimiento del gobierno norteamericano. Esta perspectiva nos permite entender su generosidad al ofrecer gratuitamente a los visitantes norteamericanos tanto el pasaporte como el transporte de ida y vuelta desde la frontera con México (Sargent, 1921: 120-121), en un tiempo en el que, como es bien sabido, las penurias económicas sofocaban al gobierno nacional.

Para cumplir con su cometido, Vasconcelos dejó a un lado los principios del nacionalismo revolucionario que se estaban gestando para apoyarse en profesores que tenían experiencias previas en el intercambio con el extranjero, particularmente con España. Además, solicitó la colaboración tanto de aquellos docentes mexicanos que se habían formado en Estados Unidos, como de los profesores norteamericanos que estuvieran interesados en colaborar con el proyecto (“General Announcements”, 1923).

A reserva de los objetivos manifiestos y ocultos que el Gobierno mexicano pretendía alcanzar con la Escuela de Verano, también resulta pertinente cuestionarnos las intenciones que los asistentes estadounidenses tenían. En este sentido, las revistas mencionadas al

inicio de este trabajo son una fuente generosa de testimonios de primera mano, en los que abundan palabras de agradecimiento para México.

Quienes escribieron en ellas, asumieron que se encontraban ante una oportunidad para fortalecer y ampliar sus conocimientos del castellano, hacer turismo, y conocer las costumbres y tradiciones *latinas* propias del país. Sin embargo, hubo algunos que comprendieron que la cuestión iba más allá y que, como era de esperarse en todo intercambio, lo que se buscaba era que ambas partes salieran beneficiadas.

Así, en 1922, Waite escribió:

Al iniciar este plan, el Gobierno mexicano se esfuerza por tener un mayor reconocimiento de sus universidades y colegios [...]. Otros propósitos manifiestos de la celebración de estas sesiones veraniegas son erradicar cualquier impresión errónea que los norteamericanos puedan tener sobre la cultura y la civilización mexicanas y promover una mayor amistad entre las dos repúblicas (1922: 561).

Como participante de la primera edición de este encuentro, Waite trascendió la parte meramente formativa para hacer una lectura más amplia de los objetivos del programa en la que el prestigio académico, la amistad entre las naciones vecinas, y la erradicación de los prejuicios sobre México, eran nociones fundamentales.

Siguiendo esta línea, Inman (1922: 737-738), asiduo asistente a los cursos, los consideraba como una ocasión ideal para que anglosajones e hispanoamericanos dejaran atrás sus celos y odios, y empezaran a entenderse; idea que compartía Nykl al asegurar que las aulas eran el espacio natural de gestación de una amistad cercana que sería la muestra palpable de que, en contraste con lo visto en la Gran Guerra, la inteligencia era superior a la fuerza bruta (1925). Por su parte, Williams aseveraba que los cursos eran consecuencia de la preocupación de las autoridades universitarias de México por “elevar el nivel de enseñanza para alcanzar el de las escuelas de verano de EE.UU.” (1924: 118).

El proyecto de Villalobos fue un éxito inicial. Pese a que no contamos con cifras precisas, algunos de los asistentes a la Escuela de Verano se aventuraron a compartir cifras con sus lectores. Se estima que en 1921 participaron 100 profesores y 300 estudiantes norteamericanos (“General Announcements”, 1923: 9; Sargent, 1921: 121), aunque Inman menciona la asistencia de 500 profesores (1922: 738); en 1923 el número de alumnos ascendió a 350 (Williams, 1923: 111)

para alcanzar los 400 en 1924 (“Notes and news”, 1924: 118). Sobre este último dato hay que señalar que Bogan discrepa, pues escribió que, como consecuencia del levantamiento de Adolfo de la Huerta, se inscribieron “cerca de doscientos estadounidenses” (1924: 275) aunque no especifica cuántos de ellos eran docentes y cuántos estudiantes. No es sino hasta 1930 cuando encontramos la última referencia. Se trata de un artículo en el que, entre otras tantas cosas, Miller se lamenta de la escasa asistencia de los estudiantes norteamericanos a los cursos de 1929.

Si tomamos como un referente el número de artículos en el que las revistas consultadas promocionaban los cursos de verano, veremos que en la segunda parte de la década de los veinte hay una notable disminución de estos textos, lo que nos hace suponer que el interés por este proyecto fue decreciendo en el transcurso de la época. En definitiva, la localización y consulta de los archivos de la Escuela de Verano será fundamental para corroborar esta suposición.

¿Qué es lo que tenían las sesiones de estudio estival que agradaban tanto a los profesores y estudiantes estadounidenses? Hallamos la respuesta en varios factores. Por un lado, está la cuestión formativa, en la que la posibilidad de aprender español o de perfeccionar su dominio era fundamental. Los cursos estaban divididos en grupos de principiantes, intermedios, y avanzados. Mientras que el primero era impartido en inglés, los otros dos se trabajaban exclusivamente en español y en compañía de alumnos mexicanos.

Para dar formalidad a esta parte, la Universidad Nacional de México expedía los certificados de asistencia –para quienes habían acudido al menos al 80% de las clases– y de créditos –para aquellos que demostraban con exámenes u otras pruebas que habían sacado provecho del curso– (“Educational News and Editorial Comment”, 1922: 331).

Otro atractivo radicaba en la manera en la que se desarrollaba este proceso. Las clases eran auténticas oportunidades para conocer las culturas mexicana, hispanoamericana y española, y adentrarse tanto como se quisiera en ellas.

Las clases impartidas a lo largo de la década de los años veinte fueron: lengua española, historia de la literatura española e hispanoamericana, historia social y política, historia política contemporánea, arqueología, arte virreinal mexicano, conversación, dictado e interpretación de textos, composición, y correspondencia comercial (Sargent, 1921; Waite, 1922). Como se puede apreciar, la oferta académica se cargaba más hacia las

humanidades y, dentro de éstas, la historia parecía ser una de las que mayor interés despertaba entre los estudiantes estadounidenses.

Aunque las clases podían poseer un cierto interés intrínseco, se necesitó de profesores que lo desarrollaran y que superaran las expectativas de los alumnos y docentes extranjeros. Como se verá a continuación, la selección realizada por las autoridades de la Universidad Nacional de México destacó por la calidad de los ponentes.

En 1924 Bogan escribió un artículo, en realidad una apología, en el que se refería a los profesores mexicanos con los que trató, y a quienes reconoció que "hicieron que sus cursos fueran muy efectivos tanto por su entusiasmo por todo lo mexicano en el arte, la literatura y la historia, así como por su disposición para dedicar más tiempo a la fonética, los modismos y el estudio del idioma" (1924: 275). Del mismo modo, agradeció a Moisés Sáenz, organizador de esa edición de la Escuela de Verano, el haberles dado la oportunidad de estudiar con el poeta español León Felipe Camino.

Nykl (1925) destacó la presencia de dos jóvenes poetas, Carlos Pellicer y Salvador Novo, a los que agradeció que mantuvieran al público embelesado con sus narraciones de la historia hispanoamericana. De Luis González Obregón subrayó las explicaciones que compartió sobre la vida cotidiana en México, en tanto que Daniel Cosío Villegas le causó una grata impresión no sólo por los conocimientos que demostró poseer sobre el Porfiriato y la Revolución, sino también por el carácter innovador de su metodología de trabajo, pues:

fue muy revigorizante escapar del método árido, analítico y de tarjetas de referencia propio de nuestros seminarios de historia y adquirir la revisión sintética, generalmente espontánea y veraz, de los últimos cien años de democracia (más o menos) y los trescientos años de mal gobierno español [...] (1925: 54).

En el caso del grupo de estudiantes de posgrado, del que Lepidus bien pudo formar parte, las sesiones veraniegas servían de complemento para la realización de trabajos de investigación que versaban sobre cuestiones mexicanas. En algunos de estos casos, la Universidad Nacional de México ofreció becas a investigadores de historia y de educación para que trabajaran en los archivos más importantes de la Ciudad de México ("Notes and Comments", 1922: 759).

Otro atractivo de la Escuela de Verano era la ocasión de vivir la *experiencia mexicana*, es decir, de visitar los espacios más representativos de la capital, de recorrer las calles de su centro, y de tener un trato directo con su gente. Sargent estaba convencida de que aquella era una “oportunidad para conocer a un pueblo muy difamado en la prensa como una nación de bandidos, pero que en realidad tiene buenas cualidades, posee un gran futuro y una visión para alcanzarlo” (1921: 123).

En concordancia con lo anterior, entre semana se organizaban conciertos, actuaciones al aire libre, tertulias, tamaladas, y otros eventos que, en ocasiones, eran organizados por la Young Men’s Christian Association (YMCA) y la Young Women’s Christian Association (YWCA); en tanto que los fines de semana se dedicaban a la visita de museos en la Ciudad de México, y a recorrer sitios –más o menos cercanos a la capital del país– que sobresalían por su interés artístico, histórico o paisajístico. Aunque estas actividades eran un complemento de la formación que los profesores y estudiantes norteamericanos obtenían en las aulas, sin duda también debió ser, en términos generales, uno de los aspectos más sugestivos que ofrecía la Escuela de Verano; no en balde, Williams (1924) se lamentaba de que este fuera el motivo real que animaba el viaje de algunos de sus compañeros.

De igual forma, también era importante compartir con los lectores una visión sobre el día a día en la capital del país, para contrastarla con la presentada por la prensa norteamericana. Podemos inferir que quienes escribieron al respecto lo hacían porque deseaban presentar una ciudad que en muchos aspectos, más de los que usualmente se consideraban, contaba con las comodidades y servicios de cualquier urbe norteamericana. Pese a ello, el interés se centraba en dos aspectos que solían preocupar a los visitantes: el hospedaje y la comida.

Aunque se aclaraba que en el país no existía la costumbre de que las familias hospedasen a los extranjeros, éste no era un obstáculo para encontrar alojamiento pues la Universidad Nacional de México tenía un listado con varias casas de huéspedes y hoteles de segunda clase cuyo precio diario oscilaba entre los 6 y 8 pesos, aunque también había, “claro está, hoteles de primera clase con un costo mayor” (“Educational News and Editorial Comment”, 1922: 332). Tanto unos como otros, solían estar limpios, y una de las ventajas que ofrecían era que los arreglos se podían hacer desde Estados Unidos. Para aquellos cuyo presupuesto se hallaba un poco más ajustado, Miller recomendaba la estancia en los centros YMCA y YWCA, previo envío de una carta (1930: 358).

Las casas de huéspedes ofrecían, además, la ocasión de probar platillos auténticamente mexicanos. Miller (1930: 358-359) sugería que a su llegada el visitante se pusiera de acuerdo con la casera sobre los alimentos deseados y el costo del servicio, cuyo promedio era de 80 pesos mensuales en habitación doble. Quienes quisieran sentirse libres para explorar otras opciones tenían mucho de donde elegir, desde el Samborn's de la Casa de los Azulejos, el restaurante más conocido y selecto de la capital, hasta las fondas sencillas, donde podían comer abundantemente por unos setenta y cinco centavos de peso.

Conclusiones

Los testimonios revisados nos han ayudado a corroborar nuestra hipótesis de trabajo. La Escuela de Verano fue una experiencia positiva para los profesores y estudiantes norteamericanos, quienes se sorprendieron tanto por la buena acogida que recibieron de parte de sus pares mexicanos, como por el contacto con las manifestaciones culturales propias de México. Podemos entender esta sorpresa más aún si la vemos a la luz de la *Constitución de 1917* y de un discurso político caracterizado por el nacionalismo revolucionario en el que lo foráneo –más aún si provenía de Estados Unidos–, era considerado como una amenaza potencial y, en consecuencia, era motivo de recelos.

Consideramos que lo expresado aquí brinda una perspectiva panorámica, aunque incompleta, de las condiciones de producción intelectuales y materiales que pudieron incidir en Lepidus para que escribiera su "Historia del periodismo mexicano" y que, al mismo tiempo, presenta una serie de elementos que nos permiten entender algunos de los factores que generaron un mayor interés de Estados Unidos hacia México en los ámbitos académico y educativo.

Asumimos que la presente es una visión mutilada porque si entendemos que la historia –en cuanto narración de lo sucedido en el pasado– es diálogo, se necesitan al menos dos para que la comunicación tenga lugar. Aquí presentamos la óptica norteamericana de este intercambio; estudiamos los testimonios escritos –a veces desde el anonimato– de quienes participaron en él, y nos adentramos en los comentarios y perspectivas que compartieron con sus lectores.

Sin embargo, resulta indispensable que en trabajos futuros demos el mismo tratamiento a la parte mexicana –la organizadora de los cursos de verano–, para convertir este soliloquio en un diálogo. En particular, debemos localizar el archivo de la Escuela de Verano (es de

suponer que se encuentre en la Universidad Nacional Autónoma de México), para contar con información precisa sobre su organización, el nombre de los profesores, las actividades desarrolladas, el número de participantes norteamericanos por año, y corroborar la información de Lepidus relativa a la asistencia.

Esta explicación también es trunca, porque requiere de más variables para comprender las razones por las que Estados Unidos mostró un mayor interés por México en la década de los años veinte del siglo pasado. Si bien es imposible contemplar la totalidad de las mismas, el análisis de al menos las relaciones diplomáticas entre la Unión Americana y México sería de gran utilidad, pues en ella convergen dos ámbitos que pueden aportar mucho al estudio del tema: la economía y la política binacionales.

Por último, es necesario indagar más sobre la vida de nuestro autor en su etapa como estudiante de la Universidad de Missouri —la primera en Estados Unidos en tener una escuela de periodismo—. La consulta de su expediente académico, en caso de que este aún se conserve, en definitiva nos ayudará a hacer una lectura diferente de su “Historia del periodismo mexicano”.

Bibliografía

- Anónimo (1915), "Officers of the Association: 1915", en *Bulletin of the American Association of University Professors*, vol. 1, núm.1, Washington, 3.
- (1916), "Committees of the Association en *Bulletin of the American Association of University Professors*", vol. 2, núms. 2-3, Washington, 20-29.
- (1920), "General announcements", en *Bulletin of the American Association of University Professors*, vol. 6, núm. 1, Washington, 3-7.
- (1922), "Educational news and editorial comment", en *The School Review*, vol. 30, núm. 5: Ediciones de la Universidad de Chicago, 321-332.
- (1922), "Notes and Comments", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 5, núm. 4, Durham: Ediciones de la Universidad Duke, 737-759.
- (1923), "General Announcements" en *Bulletin of the American Association of University Professors*, vol. 4, núm. 4, Washington, 3-12.
- (1924), "Notes and News", en *The Modern Language Journal*, vol. 8-9, núm, 7: National Federation of Modern Language Teachers Associations, 442-445.
- (1943), "Haas named a shortwave editor in CBS Shuffle", en *Broadcasting advertising*, vol. 24, New York, 51. <<http://www.americanradiohistory.com/Archive-BC-IDX/43-OCR/1943-02-22-BC-0051.pdf>> (13 de enero de 2013).
- (2008), "History of American Higher Education", en *Random History*. <<http://www.randomhistory.com/1-50/039degree.html>> (15 de enero de 2013).
- Archibald, Robert (2002), *Redesigning the Financial Aid System: Why Colleges and Universities Should Switch Roles with the Federal Government*, Baltimore: Ediciones de la Universidad Johns Hopkins.

- Bogan, Phebe (1924), "Notes and News", en *Hispania*, vol. 7, núm. 4, California: Universidad de Stanford, 269-276.
- Brainard, Dale (1931), "Cider of Juticalpa", en *The Catalina Islander*, vol. 20, núm. 12, California, 10. <<http://cat.stparchive.com/Archive/CAT/CAT03221933P10.php>> (13 de enero de 2013).
- Cruse, Fred (1930), "Nicaragua population & social", en *The sandino rebelión*, Pennsylvania. <<http://www.sandinorebellion.com/images/Top100/SandinoSit-Pt2/DSC01003.JPG>> (13 de enero de 2013).
- Gutmann, Amy (1987), *Democratic Education*, Ediciones de la Universidad de Princeton, 172-193.
- Inman, Samuel (1922), "A campaign for interamerican friendship", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 5, núm. 4, Durham: Ediciones de la Universidad de Duke, 737-759.
- Lazreson, Marvin (1998), "The Disappointments of Success: Higher Education after World War II", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, num. 1, vol. 559, Stanford: 64-76.
- Lepidus, Henry (1928), "The History of Mexican Journalism", en *The University of Missouri Bulletin*, vol. 29, núm. 4: Universidad de Missouri, 1-87.
- (1961), "Junta has grip on El Salvador", en *Utica Observer Dispatch*, Nueva York, 3. <[http://fultonhistory.com/newspaper/2/Utica NY Daily Observer/Utica NY Observer 1961.pdf](http://fultonhistory.com/newspaper/2/Utica%20NY%20Daily%20Observer/Utica%20NY%20Observer%201961.pdf)> (13 de enero de 2013).
- Martin, Percy (1921), "Notes and Comments", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 4, núm. 1, Durham: Ediciones de la Universidad Duke, 118-119.
- Mazzacurati, Remo[s/a], "Augusto César Sandino", en *Revista Telemática de la Solidaridad*. <<http://www.prosol-bo.org/Testi:Sandino:Testi:sandino.html>> (13 de enero de 2013).

- McCarthy, Francis (1967), "White hand of terror grows in Central America", en *The Gazzete, Montreal*, Montreal, 3. <<http://news.google.com/newspapers?nid=1946&dat=19671204&id=tMQtAAAAlBAJ&sjid=1p8FAAAAAlBAJ&pg=4499,70888>> (13 de enero de 2013).
- Miller, Marion (1930), "Summer School in Mexico", en *The Modern Language Journal*, vol. 14, núm. 5: National Federation of Modern Language Teachers Associations, 357-362.
- Nykl, Alois (1925), "Summer School of the Universidad Nacional de México", en *Hispania*, vol. 8, núm.1, California: Universidad de Stanford, 52-55.
- Purcell, Edward (1973), *The Crisis of Democratic Theory*, Lexington: Ediciones de la Universidad de Kentucky.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen y Luis Reed Torres (1995), *El periodismo en México: 500 años de historia*, Ciudad de México: EDAMEX/Lotería Nacional.
- Sargent, Margaret (1921), "The Mexican-American Scholarship Foundation", en *The Modern Language Journal*, vol. 6, núm. 2: National Federation of Modern Language Teachers Associations, 119-122.
- Velasco Valdés, Miguel (1958), *Historia del periodismo mexicano: apuntes*, Ciudad de México: Manuel Porrúa.
- Waite, Margaret (1922), "Notes and News on International Educational Affairs", en *The Journal of International Relations*, vol. 12, núm. 4, Massachusetts: Universidad Clark, 558-569.
- William, Talcott (2005), *Modern Universities, Absent Citizenship? Historical Perspectives*, Medfor: Universidad Tufts.
- Williams, Scott (1923), "Notes and News", en *The Modern Language Journal*, vol. 10, núm. 2: National Federation of Modern Language Teachers Associations, 117-120.

Íñigo Fernández Fernández. Doctor en documentación por la Universidad Complutense de Madrid (ucm). Profesor investigador de la Universidad Panamericana. Líneas de investigación: historia de la prensa mexicana en el siglo XIX, historia de las historias generales del periodismo en México. Publicaciones recientes: “Historia de una polémica: El Monitor Republicano, La Voz de la Religión y los bienes del clero (1851)”, en *Miradas y acercamientos a la prensa decimonónica* (en prensa); “Historias del periodismo en México: entre la reflexión y la revisión”, en *Memorias del xxiv Encuentro Nacional de la Asociación de Investigadores Mexicanos de la Comunicación* (2012); “La prensa de la ciudad de México: un espacio de confrontación entre la Iglesia y el Estado. 1833-1857,” en *Fiscalidad, medio ambiente y cohesión social en el pensamiento liberal Atlántico (siglo XIX). Análisis de casos* (2011).

Fecha de recepción: 7 de agosto de 2013.

Fecha de aceptación: 4 de septiembre de 2013.